

tercero y cuarto templo especialmente (1694—1709), inaugurado con tal concurso de pueblos que llenaban todo el recinto del Tepeyac y el espacio de una legua de la Calzada; en fin, el segundo Centenario de la Aparición celebrada de la manera solemnísimas ya referida: todos estos hechos nos han ido señalando la marcha triunfal de la tradición de aquel hecho que dió nueva vida á los mejicanos: la Aparición de la Virgen María en el Cerro del Tepeyac.

CAPITULO IV

Primera consecuencia de la Aparición: amor á la Virgen

Vista ya la narración histórica de la Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe y bosquejadas las razones poderosísimas en que se apoya, razonable pa-

rece filosofar ahora un poco, deduciendo algunas provechosas consecuencias.

Sea la primera de todas el amor que los mejicanos deben tener y mostrar á su celestial Patrona. Cuán grande deberá ser, no hay palabras capaces de expresarlo cual conviene.

Enseñan los filósofos que dos son las fuentes principales del amor, á saber: el *bien conocido* y la *semejanza*. De donde es fácil colegir este principio: cuanto aquel bien y semejanza fuesen mayores, tanto de suyo ocasionarán amor más profundo é intenso.

¿Qué bienes trajo al pueblo mejicano la felicísima Aparición de María en el Tepeyac?

¿Qué semejanza existió entre la misma Virgen esclarecida y los indios favorecidos por ella?

Por lo concerniente á los bienes, que se han seguido, hállanse á la vista del mundo entero y esculpidos en el cora-

zón de los moradores del Anáhuac. Con una sola proposición juzgamos poder significar tantos beneficios: *María fué el apóstol de Méjico.*

Recorro los continentes del globo terrestre; me fijo en la historia de las naciones, así grandes como humildes; veo los rayos de la fe santa penetrar en aldeas, ciudades, reinos; contemplo absorto de qué modo los esplendores de esa sobrenatural luz llegan á iluminar, como un sol clarísimo, casi todos los pueblos del mundo. ¿Quién difundió aquella claridad gloriosa? ¿Quién la hizo resplandecer en medio de gentes, que moraban en las tenebrosas cavernas de la muerte?

La respuesta ha de ser, que el Verbo divino, manantial de luz en los cielos y en la tierra, escogió para misión tan elevada instrumentos enriquecidos con la doble corona de la ciencia y la virtud, varones santísimos y fortísimos, henchidos de sobrehumanos atributos. Eligió

apóstoles y discípulos, suscitó fundadores de órdenes religiosas, cuyos miembros atraviesan inmensos desiertos, se internan en solitarios bosques, suben á las encumbradas montañas, recorren las márgenes de los grandes ríos, surcan los mares entre mil peligros y sirtes. . . . para llevar la antorcha de la revelación á todas partes, hasta los últimos confines de la tierra.

Hoy, que la antorcha divina brilló acaso en todos los puntos del orbe, los pueblos, llenos de gozo, alaban, y con razón, á los escogidos por el Señor como instrumentos para anunciar allí su nombre y su reinado. Enaltece España á Santiago; Acaya á San Andrés; la India oriental á Santo Tomás; el Asia occidental á San Juan; la Judea á San Pedro; varias naciones á San Pablo, y todos los otros pueblos se glorían de haber tenido por mensajeros preclaros de su fe y su religión á santos más blancos que la nie-

ve, más finos y más hermosos que el marfil antiguo: *candidiores nive, rubicundiores ebore antiquo.*

Y el mensajero celestial de Méjico, ¿quién fué? ¿quién le sirvió de faro luminoso para convertirse de veras? ¿á quién reverenciará como á la aurora de su religión cristiana? ¿quién fué, en suma, su apóstol?—La que es Reina de los apóstoles todos, de los oradores todos y de los ángeles todos. La misma Virgen purísima, la que es Madre de Dios, es el verdadero apóstol del Anáhuac. ¡Incomparable gloria para Méjico! ¡Quiál nunca María se condujo tan bondadosa y llena de largueza con otras naciones del mundo!—*¡Non fecit taliter omni nationi!*

¿Por quién se han convertido tantas gentes, han abrazado la ley del Evangelio tantos indios, han abandonado el error tantos pueblos, y se han conquistado para Jesucristo tan dilatadas provincias? Por María de Guadalupe.

Si en el Anáhuac se han fabricado tantas parroquias, se han fundado tantos conventos, se han levantado tantos monasterios, se han erigido tantos templos, capillas, ermitas, oratorios, altares, ¿á quién se le debe, sino á María de Guadalupe?

Si se han extendido por todas partes tantos párrocos doctos, religiosos perfectos, misioneros celosos, predicadores célebres, teólogos consumados, obispos irreprehensibles, que miran con asombro derribados los ídolos, desterrada la superstición, civilizados los más bárbaros, y llenos de instrucción aun los más ignorantes, ¿por quién ha venido tal dicha, sino por María de Guadalupe?

Universidades, colegios, academias, cátedras, púlpitos, escuelas, bibliotecas, hospitales de caridad cristiana, todo proviene de la luz que esparció María de Guadalupe.

Quitemos del Anáhuac á María de Gua-

dalupe, y quedará todo en tinieblas, sin vida, sin salvación, hecho el objeto de las iras de Dios. *Tolle Mariam* (decía á otro intento San Pedro Damiano): *Tolle Mariam, ¿quid restat nisi caligo?*

Luego ¡cuán admirables beneficios llovió sobre este suelo María! ¡cuánto le deben los habitantes de estas regiones extensísimas! Justamente élla es saludada por todos los mejicanos: ¡Salve, día de mi noche, estrella de mi ventura, norte de mis caminos, puerto de mi refugio! ¡Salve, Virgen del Tepeyac!

Sí, justamente deberá ser bendecida y saludada María de Guadalupe por las generaciones, que se vayan sucediendo bajo este cielo claro y transparente como el de las Islas Griegas, y aún más, por todo el continente americano, que es partícipe de tan grandes misericordias de la soberana reina de los ángeles.

Justamente, repetimos por vez tercera, porque si el amor ha de nivelarse con

el bien comunicado, ¿quiénes recibieron de la sacratísima Virgen bien tan excelso, tan sublime, tan divino, como los mejicanos?

Y si al lector pluguiere, le probaré asimismo que la alteza de tanto bien subede punto, considerando que María Guadalupeana abrió los tesoros de sus riquezas ante ningún merecimiento de los que poblaban los ámbitos del Anáhuac. Sí, ¡oh Anáhuac!: cuando tus hijos desgraciados yacían en la pesada noche de la falsedad y del error: ¿de dónde ha venido á tí la dicha de que María haya querido santificar tu suelo, manchado con la dominante idolatría, pujante con el partido del demonio, sepultado en el error del gentilismo, y logrado en los indios el designio de la serpiente antigua? ¿A tí, que eras un teatro de abominación, un caos de tinieblas, una Babilonia perturbada y confusa? ¿A tí, que has erigido al príncipe de las tinieblas templos, altares,

aras, y dirigido sacrificios, fétidos incien-
sos que humeaban en todo tu continente?

Cuadro tan horroroso ¿no debería más
bien provocar la indignación de María,
que no atraer su dulce y amable protec-
ción? ¡Ah! aquel libre, voluntario, gra-
cioso, antecedente amor, con que Dios
nos amó ante todo mérito nuestro, y le
hizo venir al mundo, vestirse de nuestra
naturaleza, padecer y morir para salvar-
nos; ese amor previo, gracioso, volunta-
rio, libre, es quien inclinó también á Ma-
ría, conmovió sus entrañas y la movió á
bajar del cielo y mostrarse á los mejica-
nos, representados en el fervoroso Juan
Diego, y regalarles su imagen benditísi-
ma. Sí, oh pueblo mejicano: antes de que
te hicieras acreedor á tan grande amor, á
distinción tan sin igual de la serenísima
Virgen, élla te miró, se compadeció de
tus miserias, descendió á tí. Tú eres el di-
choso Jacob en que anheló habitar Nues-
tra Señora, el feliz Israel que escogió pa-

ra su herencia, la heredad del Señor don-
de mora, la ciudad santificada donde en-
cuentra descanso, y la Jerusalén donde
ejerce su imperio. Tú eres el Líbano, el
Sión, el Jericó, el Cades, y los hermosí-
simos campos donde ha sido exaltado
este cedro sin corrupción en un frágil
Ayate: este Ciprés del monte Tepeyac,
esta rosa de invierno que derrama fra-
gancias, y esta Oliva especiosa llena de
santa unción, de suavidad y de dulzura
inefable.

Pues, ¡oh tierra fertilizada por la pre-
sencia de María!, si hay tedio para amar,
no le haya para redamar, para corres-
ponder á un amor preveniente. *Si ama-
re pigeat, saltem redamare non pigeat*,
como San Agustín escribió.

Y si aun te pareciere pequeño bien el
ser visitada, ¡oh feliz Anáhuac!, por la
Madre de Dios, contempla, al menos, la
forma en que se dejó ver, que fué en
forma ó figura de bella y apacible indi-

ta. Quiso la Virgen hacerse semejante á tí, á fin de que te esfuerces por ser tú semejante á la misma soberana Reina. Si la semejanza produce amor, ¿quién como Méjico habrá de amarla y ensalzarla? ¿quién la tendrá más presente en la memoria y el entendimiento, y quién la abrazará más tiernamente en el corazón, y quién deseará mejor las glorias y alabanzas de María?

¡Oh Virgen del Tepeyac!
 ¿Quién en tu amor no sueña,
 Y no derrama lágrimas preciosas
 Al percibir tus gracias amorosas?

CAPITULO V

Segunda consecuencia de la Aparición: gratitud á la Virgen

La gratitud proviene del amor, como enseña Santo Tomás de Aquino. Y pues

cierto es en sana filosofía, que la causa y el efecto han de guardar proporción, es claro que tanto más deberá acrecentarse la gratitud, el hacimiento de gracias, cuanto más poderoso fuere el amor.

Suelen enumerarse ó distinguirse en élla tres momentos ó (para que no se nos acuse de hablar á lo alemán) tres grados: el *primero* es oculto, interior, y consiste en reconocer el beneficio con la potencia intelectual del espíritu y desear dar pruebas, cuando hubiere oportunidad, del agradecimiento; el *segundo* consiste en mostrarse agradecido por medio de la palabra, la cual ha de ser fiel traslado de lo que acontece en las interiores mansiones del alma; el *tercero* se manifiesta por las obras, correspondiendo con alguna merced al bienhechor.

Aplicando á nuestro propósito los susodichos conceptos, se mostrará el mejicano agradecido á Nuestra Señora de Guadalupe, le dará debidas gracias, ó al

menos, cual es posible al humano corazón:

Primero, si medita y reflexiona la maravillosa y extraña bondad de la Virgen para con esta nación, á quien, sin haberlo antes merecido, visitó y colmó de celestiales carismas, esplendorándole con los destellos de la divina fe, don preciosísimo, que es raiz y fundamento del orden sobrenatural, disolviendo las tinieblas de la antigua idolatría, destruyendo el poderío del dragón infernal, en fin, llenando los entendimientos de luz y las voluntades de amor purísimo y haciendo que en sus estandartes religiosos pudiera escribirse el lema: *Non fecit taliter omni nationi*.

Segundo, si procura cantar las alabanzas de la soberana Reina, y á todos invita á que eleven un himno, una estrofa á la aparecida sobre la cumbre del Tepeyac, como los himnos y estrofas cantados por los israelitas á la valerosa Judit.

Corta Judit la cabeza á Holofernes, y los moradores de Betulia lanzan á los cuatro vientos la voz: tú, gloria de Jerusalén, alegría de Israel, honor de nuestro pueblo; bendición á tí, alabanza. . . .

Mayores beneficios obró la Virgen de Guadalupe á favor de los habitantes del Anáhuac; gloria, pues, y bendición y perpetua alabanza le sean tributadas por todas las generaciones. Sucédanse cantares á cantares; publíquense sus virtudes hasta los últimos polos del mundo; anúnciense sus maravillas en todos los ámbitos de América; pregónense también sus bondades en los pueblos de la culta Europa, y en los desiertos del Africa y en las inmensidades del Asia, y en la remota Australia.

Resuene en doquier un alegre ¡Salve! Salve, estrella resplandeciente, que, descendiendo al Tepeyac, disipaste los restos del paganismo y señalaste á los indios el puerto de la verdad.

Salve, bendita paloma, que trajiste el consolador ramo de verde olivo.

Salve, Iris bellissimo, que á todos alegraste anunciando próxima serenidad.

Salve, jardín amenísimo, que viniste á hermostrar nuestro suelo con la variedad de tus flores.

Salve, arca venturosa, que descansando en el noble Tepeyac, hiciste presentir el término del diluvio.

Salve, á tí, SANTA MARÍA DE GUADALUPE.
Los cielos y la tierra te bendigan,
Y gloria y esplendor den á TU NOMBRE;
Todos, todos, con voz potente digan,
Aunque á Luzbel asombre,
Los timbres de tu historia placenteros
Y los muestren á los siglos venideros.

Tercero. El tercer modo de expresar á la Virgen la gratitud por sus beneficios es de obra, consagrándole, v. gr., coronas, cera, ó contribuyendo, por una ú otra vía, al mayor esplendor de su culto.

El culto de María Guadalupeana constituirá el objeto del

CAPITULO VI

Tercer consecuencia de la Aparición: culto á la Virgen María

Es de advertir y lamentar la música ó cantinela de algunos que alardean de muy católicos y, sin embargo, saltan á lo mejor llenos de gravedad: *lo único de que no soy partidario son las exterioridades.*

No es nada lo del ojo y lo llevaba en la mano. ¡Friolera! . . .

No ha mucho conversé un buen rato con cierto católico, digámoslo así, y cuando yo le iba juzgando y suponiendo ya tan virtuoso como un patriarca, dice el bueno del hombre: *detesto sólo la confesión; hace veintiseis años que no me con-*